

CARLOS CASARES: *IN MEMORIAM*

CARMEN MEJÍA



Carlos Casares en Madrid (1990).

Cuando el día 9 de marzo me llamó Antonio por teléfono y me dijo: –Carmen, pon la radio, acaban de notificar que Carlos Casares ha muerto. Mi sorpresa me llevó a la negación de la realidad: –No puede ser Carlos Casares. Antonio me hizo bajar a la tierra diciéndome: –¿No sé cuántos Carlos Casares, novelistas gallegos, habrá en Galicia! –¿Estás seguro?, insistí. –Pon la radio, contestó. Con dudas y miedos, como quien no quiere aceptar lo inevitable, encendí la radio. En ese momento, Fernando Delgado reiteraba la noticia de la muerte de nuestro escritor pero, sobre todo, gran amigo, Carlos Casares y daba la noticia tan afectado, se le notaba llorando por las ondas, que no tuve más remedio que claudicar. ¡Y pensar que no hacía una semana que estuve a punto de pedirle uno de sus relatos para *Madrygal!* ¡Por qué no lo haría...? ¡Hacía tanto tiempo que no hablaba con él...!

Conocí a Carlos Casares, cuando empecé a dar clases de Literatura Gallega a los alumnos de 5.º curso de Filología Hispánica, asignatura que era

obligatoria y que, por tanto, contaba con un centenar de estudiantes. Ese curso, 1986-87, sería en febrero, se anunciaba que el escritor del que yo hablaría en clase venía a dar una charla a Madrid, en el Ateneo, y lo presentaba Marina Mayoral. Recuerdo que les dije a los alumnos: «La clase del viernes será en el Ateneo porque viene el escritor del que tenéis que leer *Xoguetes para un tempo prohibido* y, por lo tanto, creo que es más interesante ir al Ateneo». Pensé que mi convocatoria caería al vacío, pero sin exagerar mucho en el Ateneo terminamos unas treinta personas, cifra bastante razonable teniendo en cuenta que era un viernes a las ocho de la noche. Recuerdo que la sala estaba llena de gente y que llovía en Madrid como si Carlos Casares hubiera traído con él la «chuvia» gallega.

La conferencia era sobre su obra. La lluvia hizo que el conferenciante se retrasara, pero esa espera mereció la pena porque hablaba y hablaba, y un gran silencio inundaba la sala. Los alumnos estaban maravillados y yo también. Después les dije a los más cercanos que esperasen, que iríamos a hablar con él. Había que esperar, un periodista por aquí, una conocida por allá, la verdad es que yo pensaba: –¿qué le digo?... Estuve a punto de irme, pero, por fin, nos tocó el turno. Cuando me presenté y le dije que los alumnos querían conocerlo, me dijo: –Si no tenéis prisa y podéis esperar, luego tomo algo con vosotros. ¡Qué escándalo, los chicos no se lo creían! ...Y así fue, nos fuimos con él, ¡ah! y con su padre que, por entonces, aún vivía y le acompañaba a esas cosas, según contaba Casares. Nos descubrió cosas de Cunqueiro, de Risco, de Piñeiro, etc., fue tan natural y tan sencillo que todos quedamos encantados.

Después de ese primer encuentro, empezamos a organizar en el Departamento de Filología Románica de la Universidad Complutense las

Primeras Jornadas de las lenguas y las literaturas catalana, gallega y vasca. Yo era la encargada de la parte gallega. Llamé a Carlos Casares a Galaxia y le conté el proyecto. Le pareció interesante y me abrió puertas, entre ellas la de ponerme en contacto con el entonces Conselleiro de Cultura, Alfredo Conde, quien apoyó nuestra iniciativa y nos ayudó con verdadero entusiasmo. ¡Si se pudiera reflejar la satisfacción que me provoca ese recuerdo...! Tanto Carlos Casares como Alfredo Conde me demostraron, en esa ocasión, su interés por difundir la cultura gallega fuera de Galicia, y para mí, que me iniciaba en su estudio y enseñanza, fue un gran aliciente. Gracias a esas *Jornadas* nuestros estudiantes han escuchado a muchos de los escritores, ensayistas y profesores de la cultura gallega. Ramón Piñeiro estuvo con

nosotros un año antes de su muerte, así como Xosé Filguiera Valverde, Xesús Alonso Montero y un largo etcétera.

Cuando vino Carlos Casares, ya hace años, los alumnos que habían leído alguna de sus novelas o relatos aparecían con el libro para que se lo firmara, Casares se detenía, tranquilamente, y les preguntaba algo, cualquier cosa, para entablar conversación. Realmente, siempre pensé que Carlos Casares era un gran escuchador. Suso de Toro, el día 9, en el programa de Fernando Delgado, lo definió como una persona dialogante. Para mí era una persona que sabía escuchar, cualidad que, tal vez, le ha ayudado a crear ese rico universo literario que nos ha dejado y que consigue que Carlos Casares, a pesar de su ausencia, esté siempre con nosotros.